

COLEGIALIDAD EPISCOPAL

E. SZTAFROWSKI, *Kolegialne dzialanie biskupów na tle Vaticanum II*, 1 vol., 281 págs., Ed. Akademia Teologii Katolickiej, Varsovia, 1975.

«Proinde docet Sacra Synodus Episcopus ex divina institutione in locum Apostolorum successisse, tamquam Ecclesiae pastores» (Lumen gentium n. 20), es decir, por ello este Sagrado Sínodo enseña que los obispos han sucedido, por institución divina, a los Apóstoles, como pastores de la Iglesia; «ordo autem Episcoporum, qui collegio Apostolorum in magisterio et regimini pastorali succedit, immo in quo corpus apostolicum continuo perseverat» (Lumen gentium n. 22), el orden de los obispos, que sucede en el magisterio y el régimen pastoral al Colegio de los Apóstoles, más aún, en quien persevera continuamente el cuerpo apostólico...

Estos textos del Concilio Vaticano II, que entre otros, muestran la preocupación de los Padres Conciliares acerca de la figura del obispo en la Iglesia, enriquecen la afirmación tradicional de que los obispos son los sucesores de los Apóstoles, en el sentido de que no sólo cada obispo es sucesor de un Apóstol, sino de que el mismo colegio de los Apóstoles, precisamente en cuanto grupo estable, en cuanto **colegio**, ha sido sucedido por el Colegio de los Obispos.

Las consecuencias de esta afirmación, y en general, el mejor conocimiento de la función de cada obispo, y de los principios y diversas concreciones de la Colegialidad Episcopal, se ha traducido en una serie de disposiciones canónicas que con desigual acierto ha tratado de crear un derecho acorde con las nuevas exigencias, y en un notable esfuerzo de diversos sectores de la doctrina canónica más autorizada en facilitar una mayor comprensión, en términos jurídicos, de los frutos del Concilio en este ámbito.

La monografía de E. SZTAFROWSKI, objeto directo de estas líneas, es una elaboración bien acabada, a partir de las enseñanzas del Vaticano II, sobre los principios inspiradores y diferentes formas de actuación de los obispos en cuanto que constituyen un **ordo** o un **colegio**.

Recogiendo la distinción entre principios que rigen la acción del Colegio de los Obispos de las diversas formas de aquella actuación o de su realización práctica en un momento histórico, divide su autor el presente estudio en dos partes, para tratar por separado ambas cuestiones, intentando reflejar en su análisis de las fuentes canónicas actuales una visión crítica a partir precisamente de esos principios, logrando una acertada síntesis, que es sin duda, lo más interesante y original de este estudio.

El capítulo I de la primera parte supone una completa introducción histórica, introducción que está plenamente justificada, por el interés que tiene en todo momento una comprensión del pasado para situar y orientar al lector, máxime si se tiene en cuenta el hecho de que los Padres Conciliares, cuando expusieron el tema en el aula conciliar, señalaron la oportunidad de una revisión de su aspecto histórico.

Un estudio pormenorizado de la gestación de la Constitución **Lumen gentium**, analizando los sucesivos proyectos previos, es objeto de una especial atención en el capítulo II. Con ello se logra, por una parte, un mayor y más pleno conocimiento de los principios que rigen el ejercicio de la colegialidad episcopal, y por otra parte, se coloca al lector en condiciones óptimas para entender y valorar el texto definitivo de dicha Constitución.

Concluye esta parte con un tercer capítulo titulado «El principio de la acción colegial de los obispos según la Constitución **Lumen gentium**», que considera en primer lugar la distinta terminología utilizada por el Concilio —**ordo**, **cuerpo**, **colegio**—, señalando el interés que ofrece, pues se trata de la aplicación a una realidad peculiar de conceptos elaborados por un derecho ajeno a la Iglesia, siendo preciso en todo momento dejar a salvo que la autoridad del Romano Pontífice, que preside como Cabeza el Colegio de los Obispos, no tiene su origen en una decisión de la asamblea —como entiende el término **colegio** acuñado por el derecho romano—, sino en la voluntad fundacional de Cristo.

Una vez aclarada esta cuestión, la argumentación de este capítulo gira en torno a tres temas: las condiciones para pertenecer al Colegio de los Obispos, los poderes de que goza, y su comparación y relación con los poderes del Romano Pontífice.

«El principio de la colegialidad tal como ha sido explicitado en la Constitución «Lumen gentium», debe ser objeto de una expresión práctica en nuevas estructuras colegiales. La contemplación de este problema ha exigido la consideración de tres formas de actuación colegial de los Obispos: el Sínodo de los Obispos, las Conferencias Episcopales y la participación de los obispos, en los trabajos de la Curia Romana renovada» (p. 269). Con estas palabras, E. SZTAFROWSKI muestra el contenido de la segunda parte de su monografía, para cuya feliz realización ha tenido especialmente en cuenta la génesis de estas instituciones a partir de las etapas concretas de los trabajos del Concilio y la legislación eclesiástica postconciliar en tanto que ciertas formas de la acción colegial están definidas solamente en aquella normativa, logrando un acabado análisis de la misma, acompañado de un exhaustivo despliegue de citas doctrinales.

Se divide esta última parte en tres capítulos, dedicados al Sínodo de los Obispos, a la Conferencia Episcopal y a la participación de los obispos en los

trabajos de la Curia Romana. Como nota común a todos ellos, aparte de las ya mencionadas, se encuentra el hecho de ofrecer una consideración de las fuentes canónicas, que lejos de reducirse a una «mera información» de las mismas, trata de analizar críticamente su contenido desde sus principios inspiradores, muchos de ellos más teológicos que canónicos, dejando a salvo en todo momento la nítida distinción entre ambas disciplinas.

Por último, es de justicia mencionar la profusión de citas, la amplitud y generalidad de la bibliografía manejada y el acertado análisis de las fuentes, en un intento de aportar un estudio original de las mismas, que hacen de la presente monografía una manifestación clara de la vitalidad de la doctrina canónica de lengua polaca.

IGNACIO FERRER

TEOLOGIA PROGRESISTA

CORNELIO FABRO, *La aventura de la teología progresista*, 1 vol. de 330 págs., EUNSA, Pamplona 1976.

Desde hace algunos años no es ya infrecuente el caso de teólogos que conciben su labor investigadora al margen del Magisterio de la Iglesia, y cuyas opiniones contradicen abiertamente verdades cristianas. Esta confusa situación que afecta a parte de la teología católica ha sido analizada por Cornelio Fabro en su libro, *La aventura de la teología progresista*, recientemente traducido al castellano.

En las diversas corrientes de la teología progresista europea no es difícil observar una «inversión antropológica» que pretende interpretar la verdad cristiana disolviéndola en la filosofía immanentista. Lo que Fabro rechaza especialmente es la posibilidad que algunos admiten, de «seguir haciendo una teología sin metafísica: sin una noción absoluta de la verdad del ser, sobre la que únicamente se puede fundar una prueba consistente de que Dios existe y una distinción absoluta entre criatura y Creador, entre naturaleza y gracia, entre pecado y redención...». Ni siquiera se construye una legítima antropología teológica, sino una teología antropológica en la que Dios se pierde en el horizonte de la historia.

Pueden citarse, por ejemplo, los teólogos que han aceptado en sus planteamientos la ontología de Heidegger. ¿Cabe una teología fundamentada en sus tesis? El mismo autor de *Ser y Tiempo* ha señalado que

es imposible, porque en su filosofía, forzosamente, hay que guardar silencio sobre Dios. De ahí el reproche de Fabro, que se pregunta cómo estos teólogos pretenden asumir, como punto de partida de su investigación, la filosofía de Heidegger, que ignora o excluye en sí misma el problema de Dios. No puede sorprender, por eso, que al final de la «inversión antropológica» se llegue al llamado «cristianismo anónimo» y a otros movimientos que prescinden de Dios.

Fabro examina atentamente el caso de algunos teólogos que pretenden esclarecer la concepción cristiana del hombre con base en el humanismo radical de Feuerbach. El profesor italiano se rebela contra esta operación, que califica de irreal y fantástica, entre otras cosas, porque la teología especulativa hegeliana no es sino antropología, y porque Feuerbach, además de rechazar todos los puntos principales de la fe, reduce completamente las operaciones humanas a simple materialismo: «El hombre es lo que come», escribió en 1850. Es lógico, por tanto, que el comunitarismo que estos teólogos toman de él esté estrechamente ligado a la perspectiva atea de su filosofía, en la que el hombre se identifica con la naturaleza.

En la segunda parte del libro, Fabro se propone clarificar la raíz última de nuevas tendencias erróneas en teología moral. Abandonada la metafísica trascendente, el ser se transforma en puro devenir, eliminándose así la distinción entre el bien y el mal. En su caída, la metafísica arrastra también toda norma absoluta y objetiva, incluidas las del decálogo. Por eso, en opinión de Fabro, se pretende construir ahora una moral humana hecha a gusto del hombre, en la que el mismo concepto de pecado no tiene ningún sentido, porque al concebir la libertad como un absoluto se olvida que el hombre ha sido creado por Dios y que está llamado a la vida eterna.

Tras comentar ágilmente el pensamiento de G. May sobre la actualidad del celibato en el mundo contemporáneo y sobre el sacerdocio en estos tiempos de crisis, Fabro termina con un breve epílogo en el que señala la naturaleza metafísica de la crisis actual de la teología: «es el oscurecimiento, si no el rechazo explícito de la presencia del absoluto en el horizonte de la conciencia del hombre contemporáneo». «Sin un Dios trascendente, creador del mundo y del hombre, no existe ningún yo como núcleo inquebrantable de libertad. Sin el Hombre-Dios, redentor y santificador, immanente en la historia como verdadero hombre y trascendente en la eternidad como verdadero Dios, no existe ninguna esperanza de salvación. Sin metafísica, la teología no tiene sentido ni consistencia, ya que sin el fundamento absoluto el trabajo teológico se deshace en la precariedad del modo de proceder de las llamadas 'ciencias humanas', en la insignificancia de la impresión, del sentimiento, del juego semántico, del énfasis vacío».

R. R. (ACE PRENSA)